

## III

## TORMENTA EN VERANO

La Naturaleza siguió protegiendo y amenizando los amores de Guillermo y Julia durante los meses del estío. Después de las flores del jardín, vinieron las frutas de la huerta: en lugar de las excursiones matinales á la montaña, llegaron las cabalgatas nocturnas á todo lo largo del cauce del ya muy endeble riachuelo; los rudos placeres de la caza viéronse sustituidos por los más sosegados y dulces de la pesca, y con todo ello, y con la satisfacción de estar siempre juntos, sostenida por la gracia, el ingenio y la cortesía de que se daban muestras á todas horas, resultábales, no sólo llevadero y fácil, sino hasta divertido, aquel su continuo trato, en que no había más elemento de dicha que ellos mismos, ni más motivo de felicidad que la adoración del uno al otro...

No era, sin embargo, la Naturaleza su única amiga: tenían además una especie de hermana ó cómplice, que también los protegía mucho, y era... la soledad. Nunca estaban tan contentos como cuando no veían á su alrededor ni tan siquiera asomos de la especie humana. José había sido relevado del honor de servirles de escolta. En la tienda de campaña de la era, sólo una tarde habían estado viendo trillar; pues se aburrieron tanto al advertirse del enojamiento, cortedad y turbación de sus demasiado respetuosos súbditos, que no les quedó gana de volver á representar con ellos las *Geórgicas*. Si alguna sociedad hallaban medio soportable, y eso por el tiempo meramente

preciso, era la de los operarios *forasteros* empleados en la presa y en el futuro lago, gente vividora y corrida, que de todo pecaba menos de corta de genio. Y, en fin, á la noche, cuando volvían al palacio á cenar, casi no hablaban con el tío Antonio, por miedo de oírle referir lástimas y chocheos acerca de su pobre mujer, postrada en cama, ó poco menos, desde fines de Junio, ó por ahorrarle trabajosas explicaciones, que nadie le pedía, sobre las ausencias y genialidades de su cada vez más huraño y taciturno hijo...

La velada concluía casi siempre con la llegada del periódico, con el ruego de Julia á Guillermo de que lo leyera en alta voz, y con la tenaz resistencia del joven á mirar siquiera el aborrecido papel, que, si ya no se quemaba, porque no había lumbre en el salón, iba á aumentar, con faja y todo, sobre la repisa de la chimenea, una altísima pila de *no leídos* artículos, sueltos, gacetillas y crónicas de teatros ó de salones, que hubiera encolerizado al buen Gutenberg.

En compensación, las obras hidráulicas seguían dando pasto abundante á la febril actividad del ingeniero. La presa del río se concluyó el último día de Julio, y sólo faltaba poner la compuerta de madera en el murallón del pantano para inaugurar la entrada de las aguas en aquel gran depósito; solemnísimo acontecimiento que coincidiría con el remate de las tareas de la recolección. En cuanto al canal subterráneo, á la cascada del jardín y á la famosa *Isla de Cleopatra*, ya hemos dicho que no se inaugurarían hasta el célebre 1.º de Octubre; y en verdad que para ello habría que trabajar sin descanso, muy especialmente en la parte decorativa y apoteótica...

Finalmente: el *intolerante y oficioso* Cura del lugar vecino (así lo calificaba Guillermo) no había vuelto á decir esta boca es mía; y bajo tales auspicios llegó el 15 de Agosto, día señalado para la primera de las dos susodichas inauguraciones.

Aunque, por su índole y objeto, de mera utilidad agrícola, aquellas obras podían denominarse *públicas* con relación al cortijo, también entraba por algo en ellas la conmemoración de los amores de Julia y Guillermo, dado que éste había enterrado bajo los sillares del murallón una caja de plomo con cierta especie de acta, firmada por los dos, en que daban á las generaciones futuras testimonio demasiado elocuente de su pasión y felicidad, mientras que, á mayor abundamiento, el lienzo del muro ostentaba vistosa lápida, en que se leían sus nombres, la fecha de la obra y el conocidísimo proverbio OMNIA VINCIT AMOR; todo ello en latín y con abreviaturas, á imitación de las antiguas inscripciones romanas. Es decir, que el poeta, el artista, el soñador, perseveraba inconscientemente en la pícaro costumbre de monumentalizar sus emociones y afectos.

Como quiera que fuese, Guillermo se empeñó en hacer participar de su júbilo y entusiasmo á todos los moradores de la cortijada, y con este fin mandó á la capital por algunas palmas y carretillas de fuegos artificiales; entregó cuatro borregos y mucho pan y vino al padre de Brígida, para que los labriegos organizaran una gran merienda al aire libre, cerca de la presa del río; dió igual cantidad de vituallas á los trabajadores forasteros para que las disfrutasen cerca del muro del pantano, y determinó, últimamente, que Julia, él Brígida, José, el tío An-

tonio y el tío Juan comerían en el ameno barranco, sombreado por altas peñas, á cuyo pie comenzaría á reunirse aquel día el gran retén de aguas, denominado ya *Lago del Amor...*

La antigua *Pródiga*, que se había convertido en un modelo de prudencia para todo lo relativo á sus amores con el desterrado voluntario, se opuso vivamente á la parte *pública* de aquellos festejos; pero fué tanta la insistencia del joven, que Julia acabó por doblegarse á su voluntad y por secundar todos sus caprichos.

Breve, y no muy agradable á los aficionados á jolgorios, será la descripción que hagamos del modo y manera como se realizó el magnífico programa de Guillermo... Los fuegos artificiales, quemados la noche del 14, estuvieron poco animados, pues los trabajadores forasteros se marcharon aquella tarde á su respectivo lugar ó villorrio, á ver á sus mujeres é hijos, á repartirles la mitad de los borregos y del pan, reservándose la otra mitad y todo el vino, y á mudarse de camisa y á afeitarse para concurrir algo aseados á la inauguración. En cuanto á los naturales del cortijo, diremos que se contentaron con ver á gran distancia y en la sombra las carretillas y palmas reales, sin dar un viva ni un aplauso, ni atreverse con mucho á presentarse ni acercarse á los Señores. Sólo el tío Juan y Brígida los acompañaron á la presa del río, que fué donde se quemó la pólvora. A José le ocurrió aquella noche ir por el correo, y regresó á la una, diciendo que el mulo se le había espantado y escapado... Y, en fin, el tío Antonio se quedó en casa acompañando á la tía Francisca, que estaba peor de su *dolencia...* real ó fingida...

Sin que, ni por asomos, le hiciese todavía ver claro en su situación, aquel conjunto de casualidades puso de muy mal humor á Guillermo; pero Julia, que acaso estaba más preocupada que él, supo desimpresionarlo, hablándole de la fiesta del día siguiente, y hacerle olvidar la rara tristeza y vago despecho que le habían causado aquellos fuegos artificiales sin público, algazara ni entusiasmo.

El 15, no antes de las nueve, por haberse detenido á oír la misa del alba en su respectiva parroquia (era día de la Asunción), regresaron los trabajadores domiciliados en los pueblos colindantes y animaron algo el valle con sus canciones, gracias al mucho vino que estaban bebiendo desde primera hora. Los hijos del *Abencerraje* volvieron algo más tarde del lugar de que eran feligreses, donde, no sólo habían oído misa, sino también un sermón muy largo y *claro* del señor Cura, sobre la pureza y triunfo de la Virgen, sobre la institución del Matrimonio y sobre la santificación de las fiestas, y en seguida se fueron al sitio *que se les había marcado*, y comenzaron á guisar sus borregos con el mayor orden y compostura, aunque los hombres no tardaron en alegrarse también, á fuerza de empinar el codo. En aquel campamento se advertía la ausencia de casi todas las mujeres, sobre todo de las jóvenes por casar... Pero lo que es chiquillos, ¡no faltaba ni uno!

Julia y Brígida se hallaban, por su parte, en el ya dicho barranco, recién denominado *del Amor*, con el capataz y el mulero, esparando á la sombra de grandes peñas la llegada de las aguas, que debían empezar á correr á las doce en punto...

El tío Antonio demostraba honda tristeza, que atribuía á la enfermedad de su mujer y á sus propios achaques. En cambio, el mulero estaba contentísimo, comprendiendo sin duda que aquellos dos viejos morirían muy pronto y que todas las nuevas tierras de regadío irían á parar á su hija Brígida por mano de José.

José, que acaso había recibido aquella mañana algunos discretos pellizcos de su padre, no estaba allí presente, sino que, con aspecto menos huraño que de costumbre, recorría á caballo, á la izquierda de Guillermo, toda la línea de las obras...

Guillermo, en fin, en medio del llano, se mostraba muy animado y locuaz, ó más bien poseído de una especie de calentura, como todos los que asisten al coronamiento de sus propios trabajos.

Serían las once y media cuando los cortijeros vieron avanzar á escape hacia la presa del río, cerca de la cual ellos se hallaban, al amante de Julia y al prometido de Brígida, que iban á ordenar al maestro de obras que diese paso al agua del río por el nuevo canal de riego.

Los muchachos de más corta edad, que jugaban en la llanura, se asustaron al comprender que Guillermo iba á pasar por el sitio en que estaban solos, y echaron á correr llorando desconsoladamente y exclamando con verdadero terror:

—¡Ay! ¡Madre!... ¡Madre! ¡El Enemigo! ¡Que me pilla! ¡Que me mata!

—¿Qué dicen esos muchachos?—preguntó Guillermo á José, parando el caballo y como despertando de un sueño.

—No he llegado á enterarme bien...—respondió taimadamente el rústico.

—¡Me llaman el *Enemigo*, lo cual en estas tierras quiere decir el *Demonio*!—replicó el madrileño con amargura y cólera.—¿Por qué me dan este nombre? ¿Quién se lo ha enseñado á esos niños? ¡Indudablemente han oído á sus madres apellidarme así!

—Podrá ser...—repuso el mozo, mirando de hito en hito á Guillermo.

—Cómo que *podrá ser*? ¿En qué te fundas para sospecharlo? ¿Y cómo te atreves á decírmelo en ese tono? ¿Por qué me miras tan insolentemente?—gritó el caballero con indecible furia.

—¡Pues no lo miraré á usted!—respondió José, poniéndose muy pálido.—Y, si le estorbo, me iré á mi casa... ¡De todos modos, yo no quería venir á la fiesta! ¡No está ya el cortijo para diversiones!

—¡Hola! ¡Hola!—exclamó Guillermo cada vez más airado.—¡Esas tenemos! ¡Conque tu alejamiento de la Señora y de mí no era cortedad, sino estudio!... Ahora recuerdo la primera conversación que tuvimos tú y yo... ¿Serás capaz acaso de meterte á juzgar mi conducta?...

—Yo no soy capaz de nada...—murmuró siniestramente José, mirando al suelo y acariciando el cuello de su mulo.—Y lo que es eso del *Enemigo*... no lo he dicho yo; lo han dicho los muchachos..., como lo dice todo el mundo en la cortijada y en el lugar...

—¡Ah, sí!... ¡Ya comprendo!... ¡Lo dirán porque no voy á misa!...—replicó el joven con cierto desdén.

—No es sólo por eso..., aunque todos sintamos mucho que á la Señora la llamen *hereje* el sacristán y el secre-

tario del pueblo..., precisamente desde que usted vino... No, no es sólo por eso... ¡Y cuidado que el señor Cura no se muerde la lengua!... Hoy mismo nos ha dicho atrocidades en el sermón... Pero, en fin, repito que no es por eso solamente.

—Pues ¿por qué más es?... ¡Vamos claros!—insistió Guillermo, temblando de impaciencia y de ira.

—¿Por qué quiere usted que sea? ¡Ya debía habersele ocurrido al señor!... Es... porque aquí todos tenemos vergüenza..., y... ¡ya ve usted, hasta mi madre, que quiere á la Señora como á las niñas de sus ojos, no ha podido aguantar ciertas cosas... En fin: ya se lo dije á usted la tarde en que nos conocimos... ¡La Señora es para mí antes que nada, y yo soy capaz de jugarle la vida por ahorrarle un disgusto ó una mala nota!...

—¡No me amenes, José!—prorrumpió Guillermo, blandiendo el látigo.

El mozo vió el ademán, y se ensoberbeció, lejos de amansarse.

—No son amenazas...—dijo.—Pero usted me pregunta, y yo estaba reventando por hablar... La ley de Dios, á lo menos aquí en el cortijo, y en toda tierra de cristianos, es que no vivan como marido y mujer los que no están casados por la Iglesia... Ha hecho usted, pues, muy mal en venir á esta comarca á deshonar á mi Señora...

—¡Villano!—rugió Guillermo, restallando el látigo sobre la cabeza de José.

—¡Agradezca usted que no me ha tocado!...—exclamó éste con voz de trueno y cerrando los puños.—¡Si llega usted á tocarme, creo que con las uñas le hubiera

hecho trizas!... En fin... : ¡puede que algún día se acuerde usted de lo que ha hecho hoy!

Y dichas estas palabras, metió los talones al mulo y se alejó de Guillermo, retrocediendo por el mismo camino que habían traído juntos.

Guillermo permaneció inmóvil y lleno de espanto... Todos los cortijeros habían visto, aunque no oído claramente, la reyerta y su violento final, y comenzaban á marcharse hacia sus casas, dejando sola la hoguera en que se guisaban los borregos. Los niños iban agarrados de las faldas de sus madres, volviendo el afligido rostro hacia el autor de tantas desdichas, y los hombres procuraban andar muy separados unos de otros, y como distraídos, para que no se juzgase que murmuraban de aquella ocurrencia.

Ni por un instante se le ocurrió á Guillermo seguir á José y castigar más duramente su arrogancia. Teníale desolado el convencimiento que acababa de adquirir de su impopularidad en el cortijo, pues no hay cosa que aflija y enerve tanto á los hombres, esencialmente buenos, como la notificación del odio que les profesan aquellos á quienes no dañaron nunca con la voluntad. La misma pequeñez y mansedumbre de sus adversarios hizo más honda y amarga esta pena de nuestro joven... ¡Conoció que no había forma de luchar con ellos!... Es decir: conoció que de todas las fuerzas humanas, ninguna es tan incontrastable como la confabulación de los débiles.

Por otra parte, dar mayor bulto y resonancia á aquel acontecimiento, equivalía á frustrar completamente la fiesta de la inauguración y á promover escándalos y conflictos, que refluirían en perjuicio de la fama y del so-

siego de Julia, Metió, pues, espuelas al caballo, y continuó avanzando hacia la presa: llamó á voces á los cortijeros, y les mandó que continuasen divirtiéndose, por cuanto nada había ocurrido...; á lo cual se prestaron todos los hombres; no así las mujeres ni los muchachos: ordenó al maestro de obras que soltase las aguas; y, cuando hubo visto que el agua retenida entraba en el canal de riego, salió galopando con dirección á las pintorescas rocas en que había dejado á su adorada...

Pero en aquel escondido paraje se encontró con otra escena desagradabilísima. José había estado allí, después de su altercado con Guillermo, llorando lágrimas de furor, y diciendo á Julia que, para librarse de matar á aquel mal hombre, tenía resuelto marcharse del *Abencerraje*, aunque fuese á servir de mozo en otro cortijo, ó á sentar plaza de soldado... Julia comprendió, á pocas palabras que habló el mancebo, el motivo de la contienda, y guardó un silencio de muerte: el tío Antonio castigó con las manos á su hijo al oírle insolentarse contra el amigo y huésped de la Señora: Brígida perdió el conocimiento, y desmayada seguía cuando llegó nuestro héroe; y, en fin, el diplomático tío Juan, al ver que el caballero regresaba también hacia aquel sitio, se había llevado á José, predicándole hipocresía y espera, y diciéndole al oído otras cosas... que hacían reír diabólicamente al codicioso viejo.

Volvió al cabo en sí la atribulada novia, rompiendo á llorar amarguísicamente, y el noble tío Antonio se encargó de acompañarla hasta su casa, no sin pedir antes perdón á Guillermo para el insensato José, mientras que éste iba, como iría aquella noche, á sometérsele en per-

sona... Concedió el perdón de muy buen grado nuestro animoso joven; pero ni aun así recobró su perdido contento; tal vez porque en el fondo de la conciencia reconocía que el injuriador no le había dicho más que la verdad; y, con todo esto, el agua principió á caer en el ya denominado *Lago del Amor*, sin que ninguna expresión de alegría la saludase...

Julia y Guillermo habían quedado solos, y de esta circunstancia precisamente tomó pie el melancólico amante para desahogar su corazón.

—¡Qué bien estamos ahora!—dijo.—¡Por pequeñas é insignificantes que sean las gentes que aquí nos cercan, todas estorban á nuestra dicha!

—¡Terrible verdad estás diciendo!...—contestó gravemente la *Marquesa*.—Pero de ahí no se deduce que estos pobres de espíritu sean enemigos de nuestra felicidad, sino que nuestra felicidad es enemiga de los fundamentos de la suya.

—¡Pues casémonos...—exclamó el joven—y todo habrá concluído! ¡Así no pugnará nuestro amor contra las creencias de nadie! ¡Así tus sirvientes no se juzgarán superiores á nosotros!

—¡Te preocupa demasiado un público que no puede ser más chico y menos molesto!—replicó la *Pródiga*.—¡Algo hay que sacrificar al amor, y yo, al unirme á ti, sacrifiqué gustosa la estimación, que poseía entonces, de estos humildes campesinos! No es, pues, necesario que compliquemos de otros varios modos nuestra situación, contrayendo un matrimonio desigual, ridículo y absurdo, que acabaría por ser para ti, y también para mí, pesadísima y bochornosa cadena... ¡Basta con que tengas valor

para prescindir del tirano de tu vida, que es el *Público*! Lo que te ha sucedido anoche y hoy ya lo había yo previsto, y por eso me opuse á tu programa de festejos... ¡A ver si escarmientas y te limitas en lo sucesivo á desear mi admiración y mi aplauso, prescindiendo del de tus súbditos del *Abencerraje*!

—¡Oh, sí!...—murmuró el joven con infinita melancolía.—Viviremos enteramente solos, sin testigos, sin contacto alguno con la especie humana... Hasta hoy no me había dado cuenta del vago pero profundo malestar que me causaban la tristeza del tío Antonio, la cómoda enfermedad de su mujer, la descortesía de su hijo, el apartamiento demasiado respetuoso de los trabajadores del campo, el susto de los niños, el silencio de las mujeres y hasta el recuerdo de la atrevida carta del Cura... Pero, ya que conozco el mal y su remedio, no temas que vuelva á fijar mis ojos más que en los tuyos y en nuestra dulce amiga la Naturaleza... Desde ahora te lo digo: á la inauguración de las obras del jardín sólo asistiremos nosotros dos...; y, entretanto, cazaremos, pescaremos, vendimiaremos, sin compañía de nadie, ó nos pasaremos los días en estas peñas, tan amigas y partidarias de nuestro amor... ¿Para qué necesitamos más?

—¡Niño!...—murmuró Julia, sonriendo tristemente.—¡Cuán poco lees en el porvenir!... Pero dejémonos de lúgubres profecías, y vámonos á casa antes de que traigan la merienda... ¡Aquí hace demasiado calor, y allí comeremos mucho más descansadamente!

A esto quedaron reducidos los festejos de la inauguración que tanto había entusiasmado á Guillermo, y así acabó también aquella especie de tempestad de verano.

## IV

## CELAJES DE OTOÑO

Pocos esfuerzos costó á Julia amansar á José y reducirle á presentarse á nuestro héroe con la cabeza baja, pidiéndole perdón de lo ocurrido...

Guillermo estuvo más generoso de lo que convenía á su difícil situación, y llegó hasta dar la mano al desahogado rústico. Brindóse después á ser su padrino de boda, en unión de la *Señora Marquesa*; ofreció regalarle entonces el caballo que adquirió del grande elector y comprarle á Brígida un aderezo de corales y oro; y, por último, á la mañana siguiente, sin consultarlo con la *Pródiga*, bajó á visitar á la tía Francisca, para que se conveniese de que su hijo había sido realmente perdonado...

La *enferma* estaba levantada y amasando pan de aceite; pero se quejó mucho del reumatismo, que le impedía desde Marzo subir las escaleras y servir la comida á los señores; y, por lo demás, no demostró haber dado gran importancia al disgusto de su hijo con el caballero...

Por tal arte comenzó desde aquel mismo día el amante de Julia á hacer todo lo contrario de lo que se había propuesto con relación al *público* de la cortijada. ¡Verdaderamente, la herida que le abrieron los muchachos al apellidarle "*El Enemigo*" no era de las que se cicatrizan por sí solas!... ¡El desgraciado no había conseguido dormir en toda la noche! ¡Su amor propio, su dignidad, su conciencia... chorreaban sangre!

Dado el primer paso en aquel camino de humildad, apoderóse del joven poeta una especie de vértigo, que le llevó, á pesar suyo, á toda suerte de flaquezas y concesiones, cual si de pronto se hubiese trocado en súbdito de todos los labradores del *Abencerraje*, de sus mujeres, hasta de sus hijos más pequeños.

Siempre que, á la ida ó á la vuelta de su visita diaria al canal, cruzaba solo por en medio del miserable caserío, discurría algún pretexto para entrar en una ú otra vivienda, pidiendo, ya un vaso de agua, ya lumbre con que encender el cigarro, y trababa conversación con las madres, lisonjeaba á las doncellas, acariciaba á los niños, bromeaba con los viejos, y parecía interesarse mucho en conocer la organización de cada familia y los recursos de cada casa...

Asustadas aquellas gentes por el lance del 15 de Agosto, y temerosas también de disgustar á la *Marquesa*, demostraron al principio, no diré agradecimiento ni confianza, pero sí mansedumbre y solicitud, al galante forastero que, después de tantos meses de no haber fijado los ojos más que en Julia, se había vuelto de pronto tan corriente, comunicativo y campechano.

Notó al cabo Guillermo la frialdad con que en el fondo lo recibían aquellos amilanados corazones, y aun advirtió que la cortesía fué yendo á menos, hasta convertirse en desasosiego y reserva, y se arrepintió de haberse humillado tanto para recoger tan poco fruto.

Pero ya no tenía remedio su abdicación. Dejó de visitar y de saludar á los cortijeros, y sintióse más mortificado que nunca, pues se consideró como rechazado y despedido por todos y cada uno de los que la víspera habían

sido objeto de sus imprudentes afabilidades. Pensó entonces, arrebatado de ira, en aterrorizar á aquellos contumaces rústicos, en obligarlos á amarle, en vencerlos, en afligirlos... Pero conoció que todo esto sería contraproducente; que el amor no se impone; que la fe no se manda; que la alegría no se produce por medio de la fuerza... ¡Conoció acaso también que él era el único enemigo á quien había que violentar y vencer para disipar la aversión que aquellos cuitados le tenían; que él, y nadie más que él, estaba en el caso de mudar de conducta; que procedía, en fin, combatir la causa, no el efecto..., tanto más, cuanto que la *causa* no era de suyo muy defendible!

Resultado de todo: que acabó por resignarse á vivir sin la estimación ni el respeto de los labriegos del *Abencerraje*, á no hablar más que con Julia y á no tener otro esparcimiento, lejos de ella, que el que tuvo recién llegado al cortijo: la soledad del campo.

Semejante situación era tanto más aflictiva cuanto que el fogoso ingeniero, cediendo, como siempre, á la espontaneidad de sus emociones, sin contrariarlas ni eludir las en nombre de ningún sistema ó prejuicio, había aprendido, por su parte, á estimar y respetar (y aun á envidiar, con permiso del amor que profesaba á Julia) el modo de ser de aquellos humildes campesinos, sus virtudes y sus afectos, sus creencias y sus tradiciones, sus alegrías y sus trabajos, todo lo que se comprende, en fin, dentro del augusto nombre de *familia*. Reverenció el pudor y la inocencia en zafias vírgenes que habían de casarse con los ojos cerrados y no conocer luego más amor que el de su marido. Se extasió viendo los extremos del amor paternal, y codició la inefable delicia de besar á su hijo, ¡ser

de nuestro sér, vida de nuestra vida, carne de nuestra carne! Veneró la jerarquía de patriarca en el anciano decrepito, á quien no anulan ni entristecen los años, por cuanto ve reproducida su juventud, y representada su virilidad, y perpetuadas su sangre y su memoria, en larga y bendecida cadena de hijos y nietos; y, por resultas de aquella consideración, sus propios goces le parecieron áridos y estériles como el tiempo perdido, ó vanos y caducos como los ensueños de cada noche, disipados á la siguiente mañana. ¿Qué más? Aun contemplando á los dos viejos cónyuges que no habían tenido sucesión, y cuyo estado le pareció á primera vista muy análogo al suyo con Julia, acabó por acatar la santidad del Matrimonio, admirando hasta qué punto el Sacramento constituye por sí mismo la familia. ¡Aquel lazo sólo disoluble por la muerte, aquella deliberada y perpetua dejación de la libertad, aquel voto religioso, que hace de dos seres uno y convierte el amor en abnegación, representó á sus ojos en tal momento no sé qué especie de consubstancialidad moral á que nunca llega el amor voluntario y renunciabile!... Y, por consecuencia de todas estas observaciones y reflexiones, nuestro impresionable protagonista, al reducirse de nuevo al trato y comunicación con su amada, solía fruncir las cejas, como preguntándose:

—¿Por qué habré yo nacido destinado á no ser esposo, ni padre, ni abuelo? ¿Por qué no es Julia una doncella de la edad de Antonia, de Brígida ó de Juana, como cuando la conoció en París el General francés? Pero ¿qué digo?... ¡Pobre Julia! ¡En cambio de estos inconvenientes, es tan hermosa, tan buena, tan distinguida!... ¡Ah!... ¿Sí! ¡Yo la quiero con toda mi alma!... ¡Y, ade-



más, la cosa ya no tiene remedio! ¡Yo no he de abandonarla nunca, nunca, nunca!...

La noble *Pródiga* había seguido atentamente, y con disimulo, todas aquellas agitaciones del espíritu de Guillermo, sin dar muestra alguna de dolor ó inquietud, como si de antemano hubiera contado con ellas. También procuraba disimular el joven sus nacientes síntomas de tedio: y como, por otra parte, el encañado del agua para la cascada y las obras de la glorieta del jardín le entretenían mucho, transcurrió el resto del verano sin novedad digna de mención, y llegaron los primeros días de Otoño.

La vendimia, la pisa para el vino del año, los últimos perfiles de la *Isla de Cleopatra* y los preparativos de la boda de José, animaron extraordinariamente la vida del cortijo y devolvieron su buen humor á Guillermo en la última semana de Septiembre. Este velaba algunas noches con sus operarios, ora entrelazando los riscos de la cascada, ora colocando amorcillos de zinc en la verja del estanque, ya pintando alegorías eróticas en el techo de la glorieta, y haciendo cambiar de sitio á las muchas estatuas de yeso que había llevado de la capital, etc., etc., etc.

El público no vería ninguno de estos primores. El plan de Guillermo era inaugurar á solas la cascada, en tanto que José y Brígida estuviesen casándose en el pueblo, adonde no irían ni Julia ni él, por evitar *escenas* con el Párroco... Serían, no obstante, padrinos del casamiento, representados por el tío Juan y por su sobrina Antonia. A la vuelta del lugar comerían éstos, los novios y sus padres, en la mesa de los Señores, quienes se presta-

rían á tal llaneza como prueba de cariño al tío Antonio. Y, á la tarde, habría baile, con refresco, en el patio de palacio, al cual serían invitados, en señal de reconciliación, todos los moradores del *Abencerraje*, y en el que tal vez se presentarían por algunos minutos los generosos compadres efectivos.

Julia propuso á Guillermo que se suprimieran el baile y refresco, temerosa de algún nuevo desvío de las cortijeras, tanto más, cuanto que sabía que iba divulgándose la especie de que el tío Antonio era el verdadero dueño del cortijo; pero el joven le respondió (muy alterado, por la primera vez desde que se trataban) que, pues los dos habían de vivir allí *perpetuamente*, era necesario dar la batalla á aquellos atrevidos labriegos, ó más bien á la perturbadora influencia del Cura, y que, si los desaires y ofensas del 15 de Agosto llegaban á repetirse, debería Julia, en su calidad de señora de la finca, despedir de sus casas y tierras á los más rebeldes y procaces.

—¡Así se hará!...—respondió valerosamente *la Pródiga*, por no confesar á Guillermo que, á fin de poder darle una hospitalidad medio decorosa, había vendido el cortijo, y que, de consiguiente, ningún imperio podía ya ejercer sobre sus antiguos colonos y pastores.

Y fué también, sin duda, que la atribulada deidad se reservó influir con el tío Antonio para que obligara á ir al baile á aquellos... *animales fanáticos*, como los denominó el ingeniero.

De cualquier modo, la resuelta actitud y áspero tono de éste, y la irritación y desasosiego moral que revelaba aquella su insistencia en captarse el aplauso ó la sumisión de los míseros habitantes de la cortijada, preocuparon hon-

damente á Julia, la cual supo disimular todavía, y aun mostrarse muy alegre y risueña al ambicioso joven...

Tal era el estado de las cosas cuando llegó finalmente el tan anunciado y calificado y presentido 1.º de Octubre.

## LIBRO V

EL 1.º DE OCTUBRE

## I

## LOS NOVIOS

Sin que esto sea, ni por soñación, echar mano á última hora del pobre recurso dramático-moral llamado *Deus ex machina*, pues nada tiene de milagroso, ni aun de extraordinario en nuestro país, el que lleva al comenzar el Otoño (como lo demuestra el nombre de *Cordonazo de San Francisco* que se da vulgarmente al casi infalible temporal de la primera semana de Octubre), diremos que aquel tan simbólico y solemne día amaneció nublado y amenazando lluvia...

Pusiéronse, no obstante, en camino, con dirección al lugar, en cuanto Dios echó sus luces, caballeros en bien pergeñados mulos ó borricas, y con guitarra y algo de comer y beber, los novios, los compadres apoderados, el tío Antonio, la misma tía Francisca, que *al efecto* se había sentido un poco mejor, y otras diez ó doce personas de las más notables del cortijo, ó sea todas las mujeres que tenían mantilla y todos los hombres que tenían capa.

José no había querido montar el caballo de que era dueño desde aquel día por donación de nuestro héroe, sino